

el velorio, el casamiento, la prisión y el entierro, todo dirá á los pósteros cómo fué este pueblo antes de que hubiera Ferrocarril Central y de que en vez de ponerles mala cara á nuestros primos los yankees, todos aprendiéramos á hablar el inglés, á beber gim-cok-tail y á llamar « sandwichs » al pan compuesto.

Esos versos revelarán á nuestros nietos que aunque hijos de españoles, tuvimos mucho que nos fué propio é ingénito, y que hubo días en que se supo llevar á tal extremo el amor á una causa política, ó á un nombre limpiamente heredado, que no importaba en su defensa exponer la vida.

Yo amo más que nadie el progreso material de los pueblos, y sueño en que al nuestro lo lleve á su mayor engrandecimiento; que le reforme si se quiere sus hábitos, pero que le deje incólumes su idioma, su libertad y el amor á la familia y á la Patria.

Prieto ha cantado un pueblo así, y sus pinceles maravillosos lo han retratado magistralmente.

No quiero llegar al día en que para buscar un tipo ó una costumbre nacionales, tenga necesidad de abrir llorando las hermosas páginas del primero y más grande de nuestros poetas; sería esa señal evidente de que no existía México, y juro que de las costumbres de mi Patria diríamos todos sin hipérbole en ese caso:

De llorar me quedé ciego
 Cuando supe que era muerta,
 ¿Para qué quiero los ojos
 Si no he de volver á verla?

Tiene para algunos mayor importancia el « Romanero » que « La Musa Callejera », pero no se pueden admitir semejanzas si no es en el interés y en el mérito de ambas obras.

Guillermo Prieto todavía siente vigorosa su inspiración, y así cautiva en San Angel hablando de las flo-

res, como asombra en Chapultepec hablando de los Mártires de 1847 y arrebatada en el Congreso en importantes cuestiones.

En ese corazón todavía hay fuego, todavía bulle el pensamiento en ese cerebro que ha sido y es creador incansable de bellas producciones, y todavía sobre esas canas brilla tanto como su blancura la aureola de la inteligencia viril.

Hoy, en libros y periódicos de Europa y de los Estados Unidos, se publican retratos y biografías, encomios y juicios, de Prieto... eso lo agradece la Patria que es madre de tan noble hijo... él, pasa como el poeta de Kios, repitiendo en alados versos las desgracias, los triunfos, las esperanzas y las glorias de esa augusta y Gran Madre.

Vedlo..... allí vá!

IGNACIO M. ALTAMIRANO

Ignacio Manuel Altamirano, insigne literato, orador elocuente, novelista distinguido, poeta de altísimo vuelo, soldado victorioso y valiente, nació el día 13 de Noviembre de 1834 en Tixtla (hoy ciudad Guerrero) población del Sur de México que fué también patria del ilustre General Guerrero, uno de los héroes de la Independencia.

Le hemos oído referir con extraordinaria complacencia, que hasta los catorce años llevó una vida humilde, casi salvaje, obteniendo, sin embargo, algunas nociones de instrucción primaria, únicas que po-

día proporcionarle su familia, que era sumamente pobre y oscura.

Altamirano es indígena de raza pura y ha honrado y enaltecido á esa raza que en nuestro país ha producido pocos hombres pero de tal magnitud que ellos han determinado las grandes evoluciones históricas.

El defensor de la nacionalidad azteca fué un indio, hijo del pueblo, Cuauhtemoc; el adalid más bravo y más inteligente en la guerra de la Independencia, fué otro indio, hijo del pueblo, Morelos; el único que pudo con su energía derrocar el régimen teocrático, cimentar la Reforma é implantar la Constitución fué otro indio, hijo del pueblo, Juárez; el que por distintas sendas logró hacer vacilar á la República, traer un Imperio y darle fuerza en sus primeros días, fué otro indio, hijo del pueblo, Almonte, y el que rompió la corona ceñida á un príncipe infortunado, y derribó el trono, afirmando para siempre la independencia y la autonomía nacional, fué el indomable Juárez.

No es tan despreciable esa raza que cuenta entre sus hijos á Altamirano y á la que pertenecía Ignacio Ramírez, el gran filósofo, el gran sabio, el gran liberal, cuya muerte deploran la patria, la ciencia y la democracia.

Concurría Altamirano á una escuela, donde después de palpables adelantos, le llevó su maestro á ocupar un asiento entre los niños *de razón* (nombre que dan á los descendientes é hijos de españoles, en los establecimientos á que concurren los indígenas.) Esta distinción, le estimuló en sus estudios de tal suerte, que en 1849 fué escogido por las autoridades de su pueblo, previa una competencia con varios jóvenes de su edad, en un exámen de instrucción primaria, para ir á estudiar en el colegio de Toluca, capital del Estado de México, cuya Legislatura había dado poco antes una ley, llamando á recibir los beneficios de una educación superior, á jóvenes indios del Es-

tado que reuniesen las cualidades de pobreza, edad y talento competentes. Entonces el Sur de México pertenecía todavía al Estado de México.

El joven indio que apenas conocía el idioma español, se distinguió entre sus compañeros, y con asombro de éstos, obtuvo en sus primeros cursos de latinidad, español, francés y filosofía, las primeras calificaciones y los premios respectivos.

De Toluca pasó á México, y en el colegio de San Juan de Letrán, concluyó el curso de Filosofía, mereciendo por sus conocimientos, grandes y distinguidas consideraciones.

Agitábanse á la sazón los espíritus liberales, por el movimiento revolucionario contra el dictador Santa-Anna, y Altamirano, impulsado por esa fuerza que después le ha llevado á tan altos puestos, y atraído por esa noble causa de la que ha sido desde entonces campeón valiosísimo, tomó parte, á pesar de su juventud, en la revolución popular de Ayutla, comenzando así la doble carrera de soldado y de hombre de letras, que forma el rasgo característico de su vida.

La revolución de Ayutla tuvo por resultado el triunfo de las ideas liberales y fué nombrado catedrático de latinidad, y entonces Altamirano salió del ejército, y continuó su carrera literaria en el colegio nacional de Letrán, donde con éxito brillante concluyó sus estudios de Derecho en 1859.

Era la época de la guerra llamada de Reforma. Las ideas nuevas tenían que cimentarse á costa de grandes luchas y de innumerables trabajos; el país dominado desde tantos años atrás por la teocracia, se agitaba convulso, esperando la aurora de la libertad. En México, una facción clerical acaudillada por Miramón, hacía la guerra á la Constitución de 1857, sostenida por el presidente Juárez en Veracruz.

Los Estados todos luchaban con el centro, en favor de las instituciones liberales. Altamirano se diri-

gió al Estado de Guerrero, y allí defendió la Reforma, ya fundando un periódico político que se llamó el « Eco de la Reforma, » en el que combatió terriblemente al clero; ya como soldado y con las armas en la mano, tomando parte en varias batallas.

La causa de la Constitución y la Reforma, triunfó al fin, y Altamirano fué nombrado diputado al Congreso de la Unión en 1861.

Nadie de los que presenciaron las sesiones parlamentarias de entonces, olvidará nunca los triunfos que Altamirano alcanzó con sus discursos que le hicieron extraordinariamente popular.

Era yo muy niño, y á mis oídos llegaba el rumor de que un diputado muy elocuente, pedía el castigo más severo para los enemigos de la libertad.

Los hombres políticos y de letras veían ya en Altamirano un rival temible; los jóvenes iban á aplaudirle, reconociendo en él á uno de esos tipos pensadores y grandes de la Revolución Francesa de 93. Se le comparaba á veces con St. Juste, y no faltó un periódico reaccionario, que le designara con el nombre de « Marat de los puros, » epíteto que se daba por entonces á los partidarios de la Reforma.

Hé aquí cómo le juzgaban en su calidad de orador. Periódicos extranjeros publicados en México.

« L'Estaffette, » diario francés, redactado muy hábilmente, hace del modo siguiente el análisis de uno de esos discursos que se hicieron célebres.

« Toda la ciudad resuena todavía con el discurso pronunciado en la tribuna de la Cámara, por el Sr. Altamirano. Se está poco acostumbrado en la sociedad mexicana, á una vehemencia semejante de lenguaje y á esa inflexibilidad de principios; y no es por eso de sorprenderse, que los rayos del diputado de Guerrero hayan agitado profundamente las regiones ordinariamente tan serenas y tan plácidas de

la política. Es todo un acontecimiento y en este orador debe haber un hombre de acción y una esperanza para la República. »

« Su manera de decir es concisa y de una firmeza notable. Su estilo desnudo de metáforas exóticas, tiene vivas salidas y va derecho al objeto del pensamiento, sin arrastrarse á través de períodos pastosos y de circunlocuciones convenidas. La fuerza de su palabra consiste, sobre todo, en una argumentación cerrada, encaenada sin arte aparente; pero rigurosamente apoyada sobre citas históricas oportunas y bien escogidas. El secreto de su éxito está casi entero en el movimiento rápido, algunas veces brusco, de sus razonamientos mezclados de sarcasmos ó vivas emociones políticas, de interpelaciones á quema-ropa, de interrogaciones triunfantes y de sombríos arranques de cólera. Hemos oído muchas veces en la tribuna mexicana discursos agradables, fantasistas divertidos, conversadores fáciles, abogados eruditos, retóricos floridos, « pero jamás un orador tan nervioso y arrebatador, como el Sr. Altamirano, » que no era todavía, hace algunos días, más que un desconocido. »

Las anteriores líneas hacen un retrato « d'après nature, » de lo que era Altamirano en aquellos días; como « L'Estaffette, » otros muchos periódicos acreditados en la República llenaban sus columnas con apreciaciones, comentarios y elogios calurosos del diputado de Guerrero.

Sus discursos de entonces adquirieron tal boga, que se hacían repetidas ediciones de ellos, y los ejemplares se vendían al instante por millares.

« L'Illustration Française, » gran periódico ilustrado de París, y conocido en el mundo entero, reprodujo en el mes de Diciembre de 1861 el artículo que arriba copiamos, publicando el retrato del orador mexicano, así como el « Correo de Ultramar » y

otros muchos periódicos ilustrados extranjeros.

Altamirano podemos decir que nació predestinado á la lucha; ascendiendo siempre á mayor altura por una escala de triunfos. De la oscuridad de su pueblo, pasó al Instituto á recibir la luz de la instrucción; del Instituto vino á México á comenzar sus estudios profesionales; dejó el manto del colegial para ir á la guerra de Reforma; volvió triunfante á concluir su carrera de abogado; cuando apenas iba á llevar la toga, pasó á ocupar un asiento en la Cámara de Diputados, y de ésta salió, rodeado de gran fama y de popular respeto, á engrosar las filas de los soldados republicanos, para combatir la Intervención francesa.

Lo que hizo en la Asamblea Legislativa, fué el prólogo de la historia de su vida. La juventud mexicana se ha deslumbrado justamente con el esplendor del tribuno, del literato, del poeta, y acaso no ha registrado sus hechos como soldado de la democracia.

Sin más libro de consulta que las páginas verídicas donde constan los hechos militares, acaecidos desde 63 hasta 67, vamos á narrar los que principalmente distinguieron á Altamirano.

Después del sitio de Puebla en 1863, cuando los franceses se apoderaron de México, y el gobierno republicano se vió obligado á dejar su capital para dirigir la guerra desde el interior; Altamirano tomó las armas, y en su calidad de coronel del ejército, luchó sin descanso contra la Intervención y el Imperio, siendo uno de los pocos que pueden llamarse « los inmaculados defensores de la Independencia de México. »

En 1866, á la cabeza de una brigada de caballería del Sur, ganó la acción de Tierra blanca, contra el coronel Ortiz de la Peña, que fué completamente derrotado, y que dejó en poder de Altamirano un convoy de guerra y trescientos prisioneros.

Tres días después, batió al coronel imperialista Carranza, quedando muerto en la acción el jefe Villagrán, en los Hornos.

En Enero de 1867, en unión de Leyva, ganó de nuevo una acción contra el mismo Ortiz de la Peña, que dejó en su poder la artillería, armamento, y toda su tropa prisionera. Esta acción hizo evacuar todas las plazas del Sur á los imperialistas que se refugiaron en Cuernavaca.

Todavía en unión de Leyva puso sitio á esta última ciudad muy cercana á México, por lo cual Maximiliano pudo enviar en su auxilio una columna de 1,500 hombres, al mando del general O'Horan y del famoso coronel Lamadrid.

Leyva se retiró con las tropas de su mando, pero Altamirano esperó al enemigo, libró un terrible combate con su caballería, derrotó completamente esta columna mandada por Lamadrid, un jefe muy querido de Maximiliano, que murió en esta acción.

Pocos días después, y ocupada por las tropas republicanas la plaza de Cuernavaca, Altamirano fué el primero que ocupó el Valle de México á la cabeza de 500 jinetes, tomando posesión de la plaza de Tlalpam á cuatro leguas de la capital del Imperio.

De allí marchó á Querétaro en Marzo de 1867, cuando ocupaba ya esta plaza Maximiliano con su ejército; á las órdenes del general republicano Vicente Riva Palacio, tomó parte en varios combates que tuvieron lugar en este sitio ya célebre en la historia. En todos esos combates obtuvo honoríficas recomendaciones del general Escobedo, jefe del ejército sitiador, y principalmente, por la terrible acción del Cimatario el 28 de Abril de 1867, en que compartió la gloria del coronel Doria, pues con una columna de caballería rechazaron otra imperialista, compuesta de « Húsares, Regimiento de la Emperatriz, y Policía á caballo. »

El día 1º de Mayo, y bajo las órdenes del bravo general suriano Jiménez, tomó parte en el heroico combate de Callejas, el más brillante del sitio de Querétaro, y fué recomendado en la orden general del ejército, « como un héroe. »

Tomada la plaza de Querétaro y después la de México, Altamirano retirado del ejército por su voluntad, fué nombrado en las elecciones generales, ministro fiscal de la Suprema Corte de Justicia, encargo que desempeñó satisfactoriamente, así como el de Procurador general de la Nación, por ausencia del general León Guzmán, entonces en Washington.

Su reputación inmaculada crecía más y más en todos los ámbitos de la República. Retirado del ejército, volvió á tomar la pluma, agrupó en su derredor á todos los literatos distinguidos del país, impulsó á los jóvenes escritores, fundó periódicos literarios, inauguró las veladas públicas, ayudó á restaurar el Liceo Hidalgo, y dió vida al gran movimiento literario de 1868, que secundaron todos los escritores republicanos, y que marcó á la juventud la senda que actualmente sigue.

En el período de diez años, transcurridos de 1867 á 1877, Altamirano impulsó con sus trabajos el desarrollo de las ideas progresistas, tanto en política, como en las ciencias y en las bellas letras.

Mucho le debe la literatura mexicana. Ha redactado en Guerrero dos periódicos políticos, el « Eco de la Reforma » y la « Voz del Pueblo, » y en México ha redactado en unión del célebre Zarco, el « Siglo XIX, » el periódico más antiguo y el « Monitor Republicano. » Fundó el « Correo de México, » que redactó en unión de los famosos escritores Ramírez y Prieto, después fundó el periódico literario ilustrado el « Renacimiento, » que es una de las mejores publicaciones hechas en la capital, y que tuvo por colaboradores á los más distinguidos literatos; en los dos tomos que

existen pueden verse las « Revistas de Altamirano, » notabilísimas y llenas de profunda erudición.

Escribió en el « Domingo, » en el « Semanario Ilustrado, » en el « Artista, » que encierra, entre otros notables artículos, su gran estudio sobre « Medea » escrito cuando la Sra. Ristori puso en escena dicha tragedia.

Fundó con Manuel Payno, el « Federalista, » después en 1873 la « Tribuna, » que redactó en unión de varios jóvenes, y su nombre aparece en la lista de colaboradores de todos los periódicos liberales.

Como novelista, ha publicado « Clemencia, » « Cuento de Invierno, » « La Navidad en las Montañas, » leyenda preciosa, « Antonia y Beatriz » que no ha concluído y un tomo de Paisajes y Leyendas.

Su novela « Clemencia, » que es un modelo de buena dicción y de galanura de estilo, apenas fué conocida del público se agotaron los ejemplares.

Entre los estudios críticos de Altamirano, se hace notar el que escribió sobre el drama « Baltasar » de la Sra. Gómez de Avellaneda, y que dedicó al actor español José Valero. Este estudio es un fiel espejo de su vasta instrucción y de su buen criterio, y como dice el distinguido escritor Santacilia en su libro titulado el « Movimiento Literario en México, » es una revista que no se hubiera desdeñado de aceptar como suya el crítico más distinguido de la época que alcanzamos. También publicó la « Dramaturgia Mexicana, » donde está la noticia de casi todos nuestros autores dramáticos, antiguos y modernos.

Altamirano como poeta, goza de justa é inmensa reputación. Sus « Rimas » son un ramillete de rosas perpetuamente fragantes. Nadie, con excepción de Guillermo Prieto, ha escrito versos como los suyos por su americanismo, que los hace tipos de la poesía nacional. En su juventud compuso multitud de versos y dramas, que más tarde dió al fuego, reservando de

los primeros los poquísimos que forman el libro que citamos.

A él se debe que el espíritu de asociación haya adquirido notable desarrollo entre nosotros. Fundó la « Sociedad de Libres Pensadores » de que fué presidente, y vicepresidente D. Juan José Baz, antiguo gobernador del Distrito y ministro de Lerdo. Después ha sido presidente del Liceo Hidalgo, la primera sociedad literaria del país; luego fundó la « Sociedad Gorostiza, » de literatura dramática; la de « Escritores Públicos » de que fué presidente; y como primer secretario de la Sociedad de Geografía y Estadística, que es la primera corporación científica de México, dió gran desenvolvimiento á las ideas científicas, habiendo sido reelecto por esta razón, doce años consecutivos. Fué presidente del grupo literario de la « Sociedad Netzahualcoyotl. »

Su carrera política ha sido en cada vez más brillante. En las elecciones generales de 1874, fué electo magistrado de la Suprema Corte de Justicia, donde por su carácter independiente y recto, y su apego á la Constitución, se hizo notable en unión de Iglesias, Ramírez, Montes, Alas, Guzmán y García Ramírez, mereciendo por esa causa la distinción que el nuevo gobierno emanado de la revolución de Tuxtepec, hizo de algunos de ellos, conservándoles en su puesto.

Como Altamirano era el magistrado más antiguo de la Corte, al separarse el ministro Vallarta para desempeñar la secretaría de Relaciones Exteriores, Altamirano declarado antes vicepresidente de la Corte, quedó como presidente.

Es miembro de casi todas las corporaciones científicas y literarias de la República, así como de muchas científicas de los Estados Unidos, Francia, Alemania, Italia, Hungría, Rusia, etc., etc.

No hay tal vez ningún mexicano que haya sido distinguido con mayor número de diplomas científicos y

literarios de academias extranjeras, como Altamirano. En el profesorado, el gobierno de la República le ha distinguido, nombrándole primero catedrático de Derecho Administrativo, en la Escuela Nacional de Comercio, después de Historia General de México, en la Escuela Nacional Preparatoria, después de Historia de la Filosofía, en la misma Escuela, y de Lectura superior, Gramática y Composición en la Escuela Normal. La juventud literaria de México tiene para él ese triple culto de admiración, gratitud y cariño, que perpetuará sus hechos y su nombre en todos los corazones.

Altamirano ha sido para Manuel Acuña, Justo Sierra, Agustín F. Cuenca, y otros poetas mexicanos, el que más se ha interesado por su buena suerte, contribuyendo á popularizarlos en los más altos círculos de los hombres de letras, y prestándoles toda su influencia poderosa cuando les inició en la vida pública.

La Bohemia le reputa su caudillo, y todos los jóvenes escritores le llaman maestro.

Altamirano viene desde hace muchos años amparando á la juventud literaria y así como enseñó el camino del éxito á los poetas nacidos con el triunfo republicano de 1867, después ha sido un padre para otros muchos y especialmente para los miembros del Liceo Mexicano, agrupación interesantísima de jóvenes pensadores, entre los cuales, algunos ya están ungidos por la fama en premio de la bondad de sus obras. En ese Liceo descuellan Luis González Obregon, joven erudito, cuya monografía sobre el Pensador mexicano es una joya de alto mérito y su Anuario bibliográfico una obra de gran interés estadístico; Antonio de la Peña y Reyes escritor de mucho talento y de gran modestia; José P. Rivera orador de gran valía; Enrique Fernández Granados, poeta correctísimo y dulce; Ángel del Campo, (Micros) escritor tan

galano como elegante; Luis G. Urbina ¿quién no conoce y admira la inspiración de Luis? Heriberto Barrón, poeta de atildada forma y de inspiración sentida; Ezequiel Chávez, Francisco Alba, José María Bustillos, Guillermo Vigil, Alberto Michel... pero ¿para qué he de citarlos aquí á todos si alguna vez he de hacer un estudio de cada uno de ellos? Estos jóvenes tan inteligentes han sido hijos intelectuales del maestro Altamirano y le dieron el día que partió para España una velada literaria en que las lágrimas nos ahogaban la voz á los que leímos versos.

En 1889 se fué Altamirano á España con el carácter de cónsul general de México con residencia en Barcelona. Quebrantos de salud le obligaron á dejar España y fué á Francia con el cargo de Cónsul general de México en París. Ha viajado por Italia en la primavera última; en todas partes ha sido debidamente estimado su talento y en París trata con intimidad á eminencias literarias y políticas que lo distinguen, lo quieren y lo aplauden.

En la plenitud de su vida Altamirano promete todavía mucho bueno para su patria: pero si ya nada le diera, le bastaría ser como es, para no morir nunca.

Es uno de esos hombres, cuyo nombre llega á ser cuando mueren, una palabra de gloria en los labios de sus semejantes, y un timbre de legítimo orgullo en la mente de sus conciudadanos.

LAS BELLAS LETRAS EN MÉXICO

MEMORIAS Y APUNTAMIENTOS

• Cuando triunfó la República y volvió Don Benito Juárez en 1867 con la bandera tricolor libre y sin

mancilla, el país sintió circular por sus venas una nueva sangre. Los poetas que habían colgado sus arpas en los sauces de la tristeza, las recogieron gozosos y entonaron con ellas nuevos cantos de alegría y de esperanza.

Volvió de su larga peregrinación el bardo del pueblo, el aplaudido Guillermo Prieto, que con menos canas pero con el mismo buen humor que hasta ahora conserva, recibía constantes testimonios de sus antiguos amigos. Prieto en su proscripción amarga, ni un solo día dejó de cantar á su patria; llegó á Bronswille y con voz trémula por la emoción, dijo á aquellas mujeres rubias y espirituales que se le acercaban para escuchar sus trovas de peregrino:

Yo vengo de una tierra, lindas doncellas,
Donde el invierno nunca dejó sus huellas,
Donde florece
La rosa, coronando verdes sembrados,
Y hay fresnos y naranjos que regalados
El viento mece.
Yo he admirado la cima desde mi cuna
De los altos volcanes que con la luna
Mostraba el cielo;
Ó del sol duplicando la viva lumbre
En ráfagas tendidas sobre la cumbre
De blanco hielo.
Como un niño dormido, que el blando halago
Recibe de la madre, yo miré el lago
De mis hogares.
Risueño el limpio cielo le contemplaba;
Y el canoro jilguero le enamoraba
Con sus cantares.
Porque es mi tierra el nido de los amores,
Copa de almendro tierno, jardín de flores,
Cáliz de aromas,
Del zenzontle armonioso mansión querida,
Por templo de ternura torre escogida
De las palomas.

Así pintaba á México en el suelo extranjero que le dió hospitalidad cariñosa, el fraternal amigo de todos los que sienten, el dulce poeta popular que suspiraba por el puesto de chía, por la china de enagua lentejueada, por los esquivos galanes de sombrero ancho y corbata roja, que por combatir á los franceses abandonaran el oficio que les daba el pan y la morena que les daba amores, convirtiéndose en « chinacos » á las órdenes de Riva Palacio, de Régules y de Corona.

Prieto en medio de las altivas y arrogantes mujeres americanas, que, según la expresión de Bulnes, parece que han abandonado el pedestal de la estatua, decía cerrando tras de los claros cristales de las gafas sus expresivos y parleros ojos :

Yo vengo de una tierra donde hay hermosas,
Sonrojo de los lirios y de las rosas,
Cuya sonrisa
Le da envidia á las fuentes de los jardines
Y de ella tienen celos los querubines,
Celos la brisa.
Si el párpado levantan se alumbra el suelo ;
Si miran amorosas tornan en cielo
Cuanto ellas miran.
De ellas toma la palma su esbelta gala,
Y un beso á la misma alma de ellas se exhala
Cuando suspiran.

Y recordando las amarguras del adverso destino, pensando en la angustia de las mexicanas que lloraban á sus padres, á sus esposos, á sus hijos ó á sus amantes, ausentes, muertos ó comprometidos en la tenaz lucha por la causa y por la libertad de la patria, agregaba :

¡Ay! la hermosa, la virgen, la sin mancilla
La abatió el extranjero con su cuchilla,
Pisó su cuello.

Y su inmundo calzado de sangre tinto
Limpió de sus deidades en el recinto
Con su cabello.
Arrancó de sus hombros el regio manto :
Sobre sus propios ojos bebió su llanto
La indigna orgía.
Llevaban á sus hijos brutales zuavos,
Con el dogal al cuello viles esclavos,
¡Oh patria mía!

Prieto reconcentrándose en sus amarguras, mirando los sacrificios de sus hermanos, la difícil y entonces improbable vuelta á la tierra de sus padres ; recordando los verdes campos de Molino del Rey donde se deslizaron los años de su infancia, exclamaba :

Y yo huérfano y solo con la alma herida,
De ese mar de ignominia salvé mi vida
Y errante sigo.
¡Ah! soy el mexicano desheredado :
¡Piedad del infortunio! y al emigrado
Dadle un abrigo.
Que dó el honor impere verá pensiles,
Y el encanto y las pompas de los abriles,
Lagos y rosas.
Y aquella que más odie los invasores
Será el cielo y el culto de sus amores ;
Venid hermosas.

¿Cómo no habían de agruparse en derredor del nacional bardo después del triunfo, los proscritos y los soldados que habían vuelto á la tierra de bendición en que nacieron ; aquellos que como él habían soñado en un risueño porvenir para la Patria?

Vicente Riva Palacio, que ni un día dejó la blusa del guerrillero y que asombró con su magnanimidad en el éanje de los belgas ; Ignacio Manuel Altamirano, que se batió bizarramente en las montañas del Sur y con olímpico denuedo en el Cimatario ; Ignacio Ramí-

rez, que sufrió destierros y persecuciones; Joaquín M. Alcalde, de fogosa palabra, que probó las amarguras del calabozo; Joaquín Téllez el veterano enemigo de todas las opresiones, y Joaquín M. Escoto poeta y escritor jalisciense, que había sido en Querétaro Asesor General del Ejército del Norte y poco antes Secretario del Gral. Corona segundo Jefe del Ejército de operaciones sobre la plaza, volvían á México y estaban ávidos de tomar la lira y expresar como en mejores tiempos sus elevadas inspiraciones.

Con ellos y sintiendo la misma sed de letras estaban Luis Gonzaga Ortiz, que había recorrido la Italia y desbordaba en sus estrofas el fuego de la juventud; Manuel Peredo, atildado y correcto, galano en el estilo é incisivo en la sátira; Alfredo Chavero lleno de erudición y de prestigio y muy distinguido por el Sr. Juárez; Julián Montiel, que permaneció fiel á la causa liberal y de cuya arpa sensible hacía mucho que no brotaban cantos; Joaquín Villalobos liberal exaltado, que arengaba en plazas y calles á las multitudes; José María Ramírez, autor de la original y preciosa novela « Una rosa y un harapo »; José T. de Cuellar poeta y escritor de clarísimo talento, que había sin miedo ridiculizado en comedias muy aplaudidas como la intitulada « Un rancho en Irapuato » la manía de asimilarse las palabras y usos de los invasores; Juan Pablo de los Ríos, de estro dulce y apacible y Agustín de Bazán y Caravantes, profundo conocedor de las literaturas antiguas.

No faltaban jóvenes en esos grupos y los que más descollaban eran Justo Sierra, alumno del Colegio de San Ildefonso, que había conquistado premios en todas sus cátedras y merecido amargos reproches por sus ideas liberales; lleno de inspiración grandilocuente empapado en la Historia y en la filosofía; de arrogante continente y de conversación cautivadora; Enrique de Olavarría y Ferrari, recientemente llegado

de España y perteneciente á distinguida familia, lleno de simpatías para México, dotado de gran talento y de laboriosidad infatigable para el cultivo de las letras, elegante y finísimo en su trato; y Manuel Sánchez Facio, chispeante, decididor y con toda la gracia y el arrojo de un calavera de buen tono.

Y no hay que olvidar que ya estaba entre todos ellos Pedro Santacilia, que había conquistado un buen nombre con sus lindísimos apólogos y con sus escritos de afiligranado estilo y Juan Clemente Zenes, el poeta mártir, el que más tarde iba á ser víctima de sus ideas muriendo en su idolatrada Cuba lejos de los seres que le amaban y lejos también de México donde se le recibió y trató como á un hermano.

Tan selecto núcleo de escritores y bardos, dió desde luego señales de vida é inició una serie de veladas literarias que se efectuaron en los salones de algunas casas tan opulentas como distinguidas en la sociedad.

Era hermoso aquel grupo que saludaba con aladas notas de fé y de entusiasmo, el triunfo definitivo, la victoria eterna de la bandera de la República.

Así renació la vida literaria en 1867. Vivía á la sazón un abogado rico, elegante, sabio y de un trato tan afable, tan dulce, tan correcto y tan fino, que se hacía estimar hondamente de cuantos se le acercaban.

Había puesto su talento al servicio de todos los que sufrían, ya fueran ricos ó pobres; su mano estaba siempre pronta para auxiliar á los menesterosos y su biblioteca siempre abierta para que en ella estudiaran los jóvenes de talento.

Era de un aspecto distinguido y simpático; de cabellos y barba rubia; de espaciosa frente; de claros ojos azules con anteojos de oro; esmerado en el vestir, galano en el hablar, cumplido y serio en sus negocios; angelical en el trato íntimo y opulento para

obsequiar á sus amigos. Había defendido á Maximiliano, exponiéndose á mil peligros y cuando vió perdida su causa escribió una lindísima carta á Víctor Hugo, carta que corría de mano en mano, contestando al gran poeta y disertando juiciosa y sabiamente sobre el fin trágico del infortunado príncipe.

Ese abogado inolvidable era Don Rafael Martínez de la Torre y fué uno de los primeros que recibieron en su opulenta casa á los poetas que formaban el grupo á que he aludido. Mecenas ricibiendo á Horacio, no ha de haber sido más espléndido.

El salón y toda la casa estaban lujosamente dispuestos para honrar y enaltecer á los cantores de México.

Lo que dijo Martínez de la Torre conmovió al auditorio : fué un discurso breve, elegante, sincero y cariñoso.

Esperó á que estuvieran todos reunidos, se levantó de su asiento y reinó en el salón un profundo y respetuoso silencio.

La fisonomía de Prieto relampagueaba de gozo ; los ojos de Altamirano como diamantes negros irradiaban de satisfacción ; Justo Sierra mesaba su rizada y espesa melena negra ; Peredo, gesticulaba como hablando solo y los demás con la sonrisa en los labios miraban al orador con franca expresión de reconocimiento :

Martínez de la Torre habló como él sabía hacerlo y el auditorio saludó su discurso con un aplauso nutrido y prolongado ; después leyeron poesías casi todos los del grupo ; en seguida se abrió el « buffet » y la conversación tuvo por tema las amarguras, los sacrificios y las esperanzas de cada uno durante los días aciagos de la guerra. Hubo brindis llenos de poesía, de entusiasmo y de elegancia.

Pepe Ramírez, el viejo, ese novelista famoso y poeta muy dulce que hoy pasea sus canas y su pobreza

honrada sin que le conozcan muchos de la presente generación, pues ya se retiró del Parnaso sin jubilación ni cesantía, tomó una copa de champagne y dijo aludiendo á Martínez de la Torre y á Riva Palacio :

« Brindo por el General de los poetas y por el Poeta de los Generales, por el abogado de los poetas y por el poeta de los abogados. »

Yo ero entonces un polluelo que contaba quince abriles, lo cual no me impedía alardear de escéptico y de desengañado. Me creía un hombre y hoy, al borde de ser cuarentón me parece que solo éra un niño.

Fuó á esa reunión porque me llevó una persona de respeto ; me conmoví con cuanto pasó en ella y al salir fuí á despedirme de Altamirano á quien ya le habían dicho que yo escribía, digo mal, « perpetraba » versos.

Altamirano con mucho cariño me dijo :

— « Ahora sí, hijo mío ; á estudiar mucho y á escribir sin miedo ; ha renacido la literatura nacional y hay que cantar á la patria libre y unida.

Después fuí á buscar á Guillermo Prieto con ánimo de besarle la mano y me dijo acariciándome la mejilla :

— Ya te diría Nacho que pronto aparecerá un periódico exclusivamente literario ; no desmayes, hijo mío ; aquí estamos nosotros para alentar á ustedes.

En efecto, á los pocos días dió su primer número el mejor periódico literario que ha tenido México y al cual, por las circunstancias en que apareció se le puso por nombre : « El Renacimiento. »

Todavía al recorrer sus páginas me parece que estoy en aquellos felices años, que tengo el alma sana y vigorosa y que me esperan risueños y traviesos muchos amigos que hoy son personajes y que entonces me acompañaban á elogiar unos ojos hermo-

sos ó unos pies diminutos en la puerta de la Escuela Preparatoria.

FRANCISCO SOSA

(DEL LIBRO « MIS AMIGOS. »)

En los momentos en que Manuel Acuña se suicidaba, llegaba yo á la puerta de la Escuela de Medicina y allí saludé á un joven escritor, laborioso, inteligente y erudito, que iba á una Redacción de la calle de la Perpetua y que tenía conmigo un lazo que nos estrechaba en amistad y en consideraciones mutuas: ser íntimo amigo del Gral. Vicente Riva Palacio á quien ya profesaba yo la devoción cariñosa que no ha entibiado la ausencia ni extinguirá el tiempo en mi corazón.

Entré á la Escuela, encontré muerto al autor de « El Pasado, » y en aquel aturdimiento de dolor y de sorpresa no supe á quién se debía de comunicar la infausta noticia. Sabido es cuán rápidas vuelan estas nuevas dolorosas, y á los pocos minutos de estar en el cuarto de Acuña en unión de algunos estudiantes, no menos sorprendidos y anonadados que yo, ví entrar al escritor á quien poco antes acababa de saludar en la puerta de la Escuela. Era Francisco Sosa. — Nos cambiamos una mirada de pesar supremo y encontré en su fisonomía, en su actitud, en sus palabras balbucientes, la más sincera revelación de lo que pasaba por su alma, en presencia de aquella catástrofe.

Me ligó con más fuerza á su cariño esta manera de estimar y de sentir al infortunado poeta á quien amé como á un hermano.

De entonces á esta fecha han transcurrido diez y ocho años y nada ha perturbado entre nosotros la amistad nacida desde antes de aquel día, pero estrechada y nutrida ante aquel acontecimiento.

¿Cómo no he de dar un lugar de honor en este libro, al escritor, al poeta, al caballero, que, sin asomo de duda, ha trabajado sin descanso y con brillantísimo éxito por la unión de los literatos hispano-americanos; por la gloria de los mexicanos ilustres que en épocas pasadas se distinguieron, y por el renombre de muchos que viven aún y son conocidos merced á los esfuerzos y á la constancia de Sosa?

Francisco Sosa tiene hoy cuarenta y tres años. Es hijo de Don José Domingo Sosa y de Doña Manuela Escalante; nació el año de 1848 en Campeche, y estudió Latinidad, Filosofía y Derecho en la ciudad de Mérida (Yucatán.)

Antes de los quince años ya publicaba versos y fué « La Esperanza, » periódico redactado por los hermanos Zorrilla, la que engalanó sus columnas con su primera composición poética.

Si hemos de creer á los que dicen que las principales aficiones de la vida se manifiestan desde muy temprano, hallaremos confirmada esta idea en la circunstancia de haber publicado Sosa su « Manual de Biografía Yucateca » á los diez y ocho años de edad, cuando más se piensa en cantar á una golondrina ó á una mariposa que en relatar los méritos de un médico, de un guerrero ó de un literato.

Sosa nació con el alma exenta de envidia, está limpio de ese pecado negro y ya en su « Manual de Biografía Yucateca » se manifiesta sano y generoso, advirtiendo que emprende la obra con el anhelo de dar á conocer á sus compatriotas.

Raro es que un joven que siente dentro de su cerebro la llama de la inspiración, no busque todos los medios en que pueda emplearla noblemente dando á la luz pública su nombre y por esto los poetas en sus primeras épocas, invaden las redacciones y ocupan la pluma en labores de índole distinta de la que su vocación les impone. En pocos se adunan tan opuestas facultades y Sosa es de estos pocos y de los de mayor mérito.

Fundó en unión de Don Ramón Aldana « La Revista de Mérida, » periódico que hoy lleva veintitrés años de existencia y que tiene gran reputación por su cordura.

Entonces la política todo lo absorbía y el joven Sosa abordó las cuestiones palpitantes, manifestó con honrada entereza sus ideas, combatió duramente lo que á su juicio debía combatirse y sufrió persecuciones amargas; estuvo preso en un oscuro y húmedo calabozo de San Juan de Ulúa, vió la muerte muy de cerca pues no le faltaron ni las torturas de la capilla y se vió obligado á dejar el campo de que eran dueños sus adversarios, para venir á continuar combatiéndolos en México en 1868.

En aquella época estaba en todo su vigor el renacimiento de las bellas letras; Ignacio M. Altamirano, Guillermo Prieto, Ignacio Ramírez, Luis G. Ortiz, Vicente Riva Palacio, Juan Antonio Mateos y otros muchos de quienes hablamos ya en este libro, trabajaban con infatigable celo, alentando á sus antiguos amigos, enseñando y estimulando á los jóvenes y dando ejemplo de que á la sombra de la paz, México entraba de lleno á una vida intelectual sana y vigorosa.

Sosa fué recibido con entusiasmo en nuestros círculos más distinguidos.

En cuanto Altamirano conoció su talento le tendió la mano con fraternal estimación y el Gral. Riva Palacio lo hizo su inseparable compañero, lo trató

como á miembro de su familia y le aplaudió sus grandes facultades como pensador y sus grandes virtudes como amigo.

Sosa, en cuanto se apaciguó el hervor de las pasiones políticas; cuando ya sus enemigos calmaron los rencores con que le habían perseguido, escribió en notables y populares periódicos. — « La Vida de México. » « La Revista Universal, » redactada por Ángel Núñez Ortega, « El Domingo » semanario de lujosa edición que contiene interesantísimos estudios, « El Renacimiento » que sin discusión es el primer periódico literario que ha tenido México; embellecieron sus páginas con versos, biografías, estudios y juicios, que eran frutos del ingenio de Sosa.

Periódicos muy interesantes de los Estados como « Las Violetas, » de Veracruz, « El Pensamiento » de Jalapa y « El Correo de Sotavento » de Tlacotalpam publicaron con júbilo sus producciones y en todas partes fueron éstas encomiadas y reproducidas.

El año de 1873, en unión del Gral. Riva Palacio fundó « El Radical, » donde aparecieron muchos artículos de gran trascendencia, hijos de su pluma; después formó parte de la redacción de « El Eco del Comercio, » y luego ingresó á la del « Federalista, » de aquel inolvidable diario que no ha tenido otro que le iguale en interés, en oportunidad y en acopio de asuntos y de noticias.

Sobrevinó la revolución de 1876 y Sosa redactó « El Bien Público, » afrontando multitud de peligros, pues combatía duramente al Gobierno del Sr. Lerdo; de allí salió para Guanajuato á tomar parte activa en el movimiento político iniciado por el Sr. Iglesias y volvió á México después del triunfo del plan de Tuxtepec.

La redacción de « El Siglo XIX, » se engalanó con las obras de su pluma; pasó después á la del « Nacional » donde trabajó con inquebrantable constancia

algunos años y más tarde tomó parte en « La Libertad, » en unión de antiguos amigos suyos.

Sin ofender á nadie puede decirse que Sosa es entre los escritores mexicanos el que más ha trabajado con éxito por dar á conocer ante el mundo entero y especialmente ante la América latina, toda nuestra vida intelectual. Constantemente envía obras nuestras, se afana porque reproduzcan lo que aquí escribimos, manda retratos de nuestros ingenios, de nuestros guerreros, de nuestros sabios y hasta de nuestras distinguidas damas, sin otro premio que la satisfacción íntima de dar á conocer á sus compatriotas sin importarle que se desconozca ó se olvide cuanto hace por su fama.

« El Perú Ilustrado, » de Lima y « La Argentina, » de Buenos Aires, son elocuentes testimonios de lo que decimos y su última obra « Escritores y Poetas Sud-Americanos » la mejor muestra del anhelo que tiene Sosa por presentarnos á los inspirados y famosos literatos de nuestras hermanas del Sur.

La obra « Escritores y Poetas Sud-Americanos » lujosamente impresa, nos da á conocer por medio de magníficos retratos é imparciales juicios á Ricardo Palma, á quien tanto queremos en México y cuyas importantes producciones engalanan constantemente nuestros periódicos, Bartolomé Mitre, Guillermo Matta, Juana Manuela Gorriti, Numa Pompilio Llona, Carlos Guido y Spano, Luis Benjamín Cisneros, Juan Zorrilla de San Martín, Rafael Obligado, Nicanor Bole Peraza, Ricardo Gutiérrez, Clorinda Matto, Mariano A. Paliza, Jorge Isaacs, José Antonio de Lavalle, Eduardo de la Barra y Adolfo P. Carranza.

Cierto es que á muchos de estos ingenios les conocemos desde hace muchos años los que cultivamos las letras, pero merced al libro en que Sosa los congrega, hoy podrán todos admirarlos y formarse exacta idea de sus méritos.

Esta obra es un hermoso lazo de unión que honra y enaltece á su erudito y modesto autor.

Ha pasado los años mejores de su vida en las más nobles labores que puede escoger un escritor amante de su patria.

Buscadle como biógrafo y allí está su obra colosal « Biografías de Mexicanos distinguidos, » (I tomo 1884) que es riquísima fuente de datos para la Historia é inmarcesible laurel para las glorias de México. — « El Episcopado Mexicano » (I tomo 1977) obra imparcial interesante y única en su género. El « Manual de Biografía Yucateca, » (I tomo 1866) y « Don Wenceslao Alpuche » (I tomo 1873) son las joyas que cede á la fértil Península donde nació. — « Las Efémerides históricas y Biográficas, » (2 tomos, 1883) « Los Contemporáneos, » (I tomo 1883) « El Bosquejo histórico de Coyoacan, » el « Elogio fúnebre del ilustre Doctor Don Rafael Lucio, » « El Monumento de Cuahutemoc, » y el « Discurso en elogio del poeta mexicano Manuel M. Flores, » obras son que enaltecen á México, que dan gloria á sus hijos, que elevan á la patria al lugar que merece entre todos los pueblos cultos y que no dejarán que muera nunca el nombre del que las escribió con tanto talento como patriotismo.

Buscadle como novelista y como poeta y allí están « Magdalena » (I tomo 1871) « Doce Leyendas » (I tomo 1877.) « Recuerdos » colección de sonetos (I tomo 1890) « Versión Castellana de la Jerusalem Libertada, » « Ecos de Gloria » « Il libro del Amore » de Marco A. Canini y « Epístola á un amigo ausente » en que campean la inspiración tierna y dulce, el estilo correctísimo y galano, la erudición y la nobleza en apreciaciones, en juicios, en argumentos y en propósitos.

Á él, que como hemos dicho, no conoce la envidia ; á él, que goza con las glorias de sus compatriotas ; á

él, que se regocija saboreando como si fueran suyos los aplausos conquistados por los demás; á él, que ama con intenso amor á su patria, le debemos que se hayan publicado la « Historia Antigua de México » por Don Manuel Orozco y Berra, obra monumental é imperecedera, de la que tiene dedicado un tomo; el « Romancero Nacional, » y las « Lecciones de Historia Patria, » de Guillermo Prieto, y la traducción hecha por Gómez del Palacio, de « La Jerusalem Liberada. »

Ha escrito innumerables biografías y de él solo conocemos una, publicada en « El Nacional, » y de la que tomamos la apreciación siguiente :

« Como biógrafo, es el primero de todos los nuestros. Tenemos obras de este género que honran á nuestras letras : la vida de Zumárraga, por García Icazbalceta; las de Pesado y Gorostiza, por Roa Bárcena; la de Carpio, por Don Bernardo Couto; la del « Nigromante, » por Altamirano; la del « Pensador, » por González Obregón; la de Morelos, por Zárate; la de Don Anselmo de la Portilla, por Agüeros; la de Isabel Prieto, por Vigil, y otras varias; pero libros como « El Episcopado Mexicano, » y las « Biografías de Mexicanos Distinguidos, » tenemos solamente los del Sr. Sosa. Es un benemérito de nuestras letras este escritor. Lo que ha luchado por acumular datos, fechas, nombres, lugares, sucesos, recuerdos históricos, anécdotas curiosas, es increíble; largos años de pesquisas en los archivos, de investigaciones en las bibliotecas, de consultas á las familias, de estudios y de trabajos constantes emprendidos con gusto por darle á la patria un libro en que se hallan las biografías de sus héroes más grandes, de sus artistas más ilustres, de sus poetas, pensadores, mártires, literatos y sabios más dignos de recuerdo. Esta obra patriótica ha sido la emprendida y llevada á cabo por el Sr. Sosa. Como biógrafo, merece, pues, nuestros

aplausos, sean cuales fueren los errores que no haya podido dominar. Como crítico también merece alabanza. Su prólogo á la « Jerusalem Libertada » — traducción del Sr. Gómez del Palacio — revela buen gusto y mucho estudio. Pasa otro tanto con sus « Escritores y Poetas Sud-Americanos, » obra llamada á ejercer gran influencia en las relaciones literarias de México con las otras Repúblicas latinas. »

Estamos en todo conformes con su biógrafo, y nosotros no vacilamos en darle un laurel como poeta. Lo merece porque tiene sonetos y romances que son verdaderas filigranas de sentimiento y de buen gusto, especialmente el titulado « Lelia », que es en todas partes aplaudido. No ha seguido una escuela de grandes matices; le plácen la forma clásica y la idea elevada.

Francisco Sosa es una gloria literaria de México; muchos dentro de la esfera de las letras, podrán hacer tanto como él en bien de los poetas de nuestro Parnaso, pero nadie ha hecho más que él ni tiene tantos títulos á la gratitud, al aplauso y al cariño de todos.

Me creo imparcial para juzgarlo porque él no me ha biografiado y porque no ha sido nuestro cariño el que se vale de circunloquios para manifestarse.

Sosa es una gloria de las letras mexicanas; un amigo modelo, un caballero sin tacha y un amantísimo devoto de todos los que cultivando las bellas letras, escriben, piensan y sienten en el Continente Americano.